

## TEORÍA E HISTORIA EN LOS GÉNEROS LITERARIOS

GUILLÉN, CLAUDIO: *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada*, Barcelona, Crítica, 1985.

GUILLÉN, CLAUDIO: *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Barcelona, Crítica, 1988.

GUILLÉN, CLAUDIO: *Teorías de la Historia literaria*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

Claudio Guillén tiene muy definida su vocación –la Literatura Comparada– y dónde se sitúan sus intereses –la Historia literaria y las aproximaciones históricas a diversos campos de la Teoría de la Literatura–. De su trayectoria investigadora, que hemos acotado en estos tres libros, nos interesa destacar cómo hace converger la Literatura Comparada y la Teoría de la Literatura en uno de sus temas favoritos: la teoría de los géneros.

Tras el reconocimiento de Guillén de que la Teoría de la Literatura ha arrancado de una teoría de los géneros y que ésta es una de las instituciones más duraderas, es nuestro objetivo descubrir de qué manera el género, convertido por Todorov en el «objeto privilegiado» y tal vez el «personaje principal» de los estudios literarios por representar el lugar de encuentro de la Poética y la Historia literaria, requiere la atención de este comparatista.

*Entre lo uno y lo diverso* supone un empeño en definir, clarificar y situar los estudios y problemas de los comparatistas y delimitarlos con los propios de los teóricos de la literatura. Delimitación que tiene su razón de ser en el «grado de teoreticidad»: cuando la Literatura Comparada se ocupa de fenómenos con un grado teórico elevado, en los que los datos observables son el punto de partida y no los problemas a resolver, se sirve de principios y propósitos derivados de la Teoría de la Literatura. Los estudios comparatistas se cimientan con los conceptos de la teoría literaria y se apoyan en reflexiones teóricas o las llevan implícitas, como por ejemplo los artículos sobre el *Lazarillo* que aparecen en *El primer Siglo de Oro*.

La periodización y la aparición de estilos o géneros nuevos son procesos y desarrollos diacrónicos que entran dentro de la Literatura Comparada como conceptos de teoría de la historia literaria, como encuentro de la historia-crítica y la teoría, de la poesía con la Poética. Por ello, para C. Guillén «la tarea principal de la Literatura Comparada es la confrontación de la Poética con nuestro conocimiento de la poesía; es decir, de la Teoría de la Literatura, siempre en marcha, con el vasto despliegue de saberes y de interrogaciones, siempre en aumento, que el comparatismo hace posible». Al historiador de la literatura le interesan las estructuras que intervienen, aparecen o se suceden en el devenir histórico. La Literatura Comparada se ocupa de la investigación, explicación y ordenación de estructuras supranacionales y diacrónicas. Y en este cruce espacial y temporal sitúa Guillén la categoría del género.

En los ensayos teóricos de *Teoría de la Historia literaria*, C. Guillén se ocupa de la combinación y superposición de continuidades y discontinuidades específicas de la historia de la literatura que, además de explicar otros aspectos de la estructuración de la historia literaria, concurren en la diferenciación entre géneros literarios y los cauces de comunicación que los hacen posibles.

Si partimos de un devenir histórico de los géneros literarios, que entra en la dialéctica de lo uno y lo diverso en el tiempo, y se plantea el concepto de género desde un punto de vista histórico y teórico, pueden acercarse a examinar sus categorías el historiador-comparatista y el teórico de la literatura. C. Guillén sitúa en esta tarea al comparatista alegando la índole internacional o supranacional del género, su carácter espacial que se suma al temporal.

Dadas estas premisas, es lógico suponer que las reflexiones de Claudio Guillén se centren en los géneros históricos. En su teoría está latente la establecida por los formalistas rusos, quienes emprendieron los trabajos de teoría unidos a la historia y declararon la evolución literaria lejos del progreso y de la sucesión natural. C. Guillén establece opciones estructurales de determinado género, supera las premisas descriptivas formales, se cuestiona la universalidad o limitación de cada género o sistema de géneros en el espacio y en el tiempo y hace una sugerente distinción de *cauces de presentación* (géneros naturales o teóricos), *géneros* o subgéneros (géneros históricos) y *modalidades*.

C. Guillén aborda el problema de la relación entre género literario y poesía —entre conjunto de géneros y un poema determinado— con un planteamiento sobre el nivel de abstracción de los géneros que podemos emparentar con las categorías émicas y éticas de Pike: el mayor nivel de abstracción corresponde al «orden mental» de la Poética que considera «conjunto teórico»; émico también, pero de menor grado de abstracción, es el siguiente nivel en el que cabría establecer dos subniveles: uno para los géneros teóricos y otro para los géneros históricos. Estos estarían en ese nivel émico más cercano a las obras, donde «la inminencia de un orden mental es fecunda». En el tercer nivel, ético, se localizan las obras concretas.

Define los géneros naturales como una agrupación o una serie de normas, abstracciones que la obra refleja o ejemplifica, procedentes de una reducción «ad unum» y establecidas con métodos analíticos, históricos o con principios estéticos o filosóficos. Pero sus reflexiones, como aconsejaron los formalistas rusos, se centran en los subgéneros que a lo largo de la historia se adscriben a aquellos cauces de comunicación.

Exige al género un nacimiento como resultado del agrupamiento o conglomerado de rasgos que deben ser imitados por otros creadores y que deben sugerir a los lectores la idea de grupo. Es significativa la perfecta síntesis de aspectos que C. Guillén hace que confluyan en la configuración del género, además del tiempo y del espacio, señala la necesidad del público para que los géneros tengan razón de existir. Los lectores son elementos activos en el establecimiento de la idea de un nuevo género, lectores-críticos que tienen capacidad para distinguir lo nuevo y lo original y para elevarlo a la categoría de género a pesar de no haberse sujetado a las normas establecidas.

«Claro está que el itinerario de un género, es decir, la modificación constante de un modelo tanto formal como temático, es un proceso de cambio y transformación» dice el comparatista. El género evoluciona: nace, tiene una duración más o menos larga y desaparece. Los géneros se disgregan o congregan dando lugar a una alternancia de géneros a lo largo de la historia. Su observación de que se pueden entremezclar géneros y cauces de presentación, pero siempre con el papel subordinante de uno sobre el otro, nos hace sentir de igual manera, el «significado actual del formalismo ruso» —con palabras de A. García Berrio.

Puesto que el género está concebido como cambiante y abierto, para dar cuenta de un género hay que ponerlo en relación con los demás, confrontarlo con un género que le ha precedido, como propuso A. W. Schlegel. De este modo, entra la relación Literatura-Literatura inherente al problema de la evolución literaria, pues se estudian los rasgos de géneros anteriores que permiten el surgimiento y la elaboración del nuevo. C. Guillén observa cómo los géneros posteriores al petrarquismo «se están forjando durante la primera mitad del siglo XVI», recogen la herencia petrarquista y la de generaciones más recientes, además de implantar y perfeccionar los géneros clásicos como la elegía, la égloga, la sátira o la epístola.

Varios ensayos de *El primer Siglo de Oro* apuntan al nacimiento del género picaresco o a la desaparición de un género y el nacimiento de otro, como la novela morisca que recoge los valores de la novela de caballerías y de la novela histórica «en el momento que

el género empieza a agotarse» (Nótese también la presencia del concepto de desautomatización del formalismo ruso). Siempre a partir de análisis textuales y en un afán de unir teoría y creación literaria, necesario, creemos nosotros, para un tratamiento de los géneros, Guillén estudia rasgos referenciales, de estilo, temáticos, formales y compositivos de los géneros históricos, los materiales y la función que desempeñan, con preferencia al establecimiento de subgéneros nuevos. Tal como postulaba el formalismo ruso, estamos ante una clasificación de los géneros de carácter histórico-descriptivo.

Guillén, como aconsejaba su admirado R. Wellek, aún en sus ensayos, crítica, historia y teoría de la literatura.

MERCEDES RODRÍGUEZ PEQUEÑO

MORENO ALONSO, MANUEL: *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza Editorial, Alianza Universidad n. 595, 1989 (288 pp.)

Moreno Alonso es una de las referencias inevitables en los estudios de la historia de España en el siglo XIX. Sus libros y artículos le han consagrado como uno de los mejores conocedores del pasado siglo. Con *La generación española de 1808* llama a las puertas de la polémica decididamente al atreverse a una nueva revisión práctica del concepto de generación, tan polémico desde hace décadas y hoy poco menos que proscrito de la terminología científica. Cuando algún historiador se atreve a usarlo, se apresura a redactar notas a pie de página en las que se detalla toda la polémica sobre el *método generacional* y termina reconociendo la imposibilidad de su aplicación rigurosa. Sin embargo, lo sugerente de las conclusiones que se pueden obtener explica su reaparición cada cierto tiempo.

Moreno Alonso sabe de todos estos problemas y por ello es el primero, en el *prólogo*, en relativizar las conclusiones. Declara, expresamente (pp. 12 y 13), no creer en el «método histórico de las generaciones», pero se apoya «en la evidencia de que los hombres son hijos de su tiempo», por lo que redefine el concepto de generación: «En este caso la *generación*, en su significado más lato, no es tanto una cuestión de edades como de una común voluntad histórica ante un *tempo* sentido comúnmente, sobre todo si es fruto de un fuerte impacto» como el que se produce en la España de 1808. Por otra parte, es consciente de que entre los hombres que él calificará como generación de 1808 «hay tales diferencias de creencias y de conductas que podrían pertenecer a edades (por no decir ya generaciones) totalmente diferentes en el tiempo», por lo que, con mayor exactitud, se podría hablar de generaciones en plural. Este es uno de los impedimentos más graves para aceptar del todo la conexión entre el título, con un gran gancho comercial, y las conclusiones que el lector puede extraer de la obra, que le llevan más a la diversidad. Quizá se eche en falta una exposición más detallada de su interesante —aunque realizada desde el escepticismo, y quizá por eso— revisión del método generacional. Salvando esta inicial dificultad, podremos enriquecernos con alguno de los planteamientos del libro sobre «la mayor crisis de la historia de España» (p. 15).

Como reconoce, trabaja siempre «desde el punto de vista de sus protagonistas» (p. 15). Efectivamente, la cantidad y calidad de los testimonios expuestos por el autor hacen del libro una inmejorable fuente de datos y revisiones del período 1808-1814 —el que con mayor dedicación se estudia— desde la opinión de los hombres que lo protagonizaron o, al menos, lo vivieron. Sin embargo, a nuestro entender, el autor no distingue suficientemente entre los testimonios que se escribieron en el período mencionado y los que tienen una fecha más tardía y fueron escritos como recuerdos o memorias, con lo que ello supone de distorsión.